

Inolvidable Abelardo:

Un millón de gracias por tu carta congratulatoria con motivo de mis ochenta años que se pasaron a la historia. El que no se haya hecho santo a los sesenta que se despida; porque de ahí para arriba la cuesta es muy cuesta arriba. San Juan de la Cruz habla de las «frescas mañanas escogidas», o sea, de la rozagancia de la santidad adquirida en las frescas mañanas de la juventud. El murió a los cuarenta y nueve.

En una caja de puros engalanada artísticamente recibí las cintas o cassettes. Por fin pude enterarme de lo que dices en tus sermones de las vísperas de la Inmaculada. Amigo, escuchándolas vibra uno quiéralo o no lo quiera. Yo las escuché sentado junto a la mesa y con la mirada divagando por el techo. Oí también las del cardenal Suquía a quien conocí en Bériz en 1963 cuando era él sacerdote a secas, quiero decir, sin los «capisayos» en que luego le envolvió nuestra Santa Madre Iglesia. En Bériz me enteré que era un experto en los Ejercicios de san Ignacio. Con eso quedé convencido de que era hombre muy espiritual y de que espiritualizaría cuanto tocase. Y así ha sido. Cuando vi en la prensa que le habían hecho cardenal, me alegré sobremanera.

La meditación que diste sobre el Nacimiento de Jesús en Belén es sencillamente maravillosa. Quiere decir, Abelardo, que tuviste el gran acierto de haber dado con tu vocación. Ya sabes lo difícil que es acertar en esto. En general nadie está contento en su sitio. El soldado raso quiere ser cabo; éste quiere ser sargento; éste quiere ser alférez y así por el estilo hasta llegar a Capitán General. El pobre quiere ser rico; éste quiere ser muy rico; éste millonario, y éste sufre porque no es multimillonario. Y así puedes ir recorriendo todas las carreras y verás cómo nadie descansa hasta verse en la cima. La voluntad de Dios aquí no entra para nada; nadie la tiene en cuenta. Pero tú descubriste pronto que Dios te quería donde estás; y ahí te mantienes a sol y sombra; salga el sol por Antequera o salga por donde quiera.

Escuchándote los sermones de la Inmaculada veo que haces hincapié en el puesto de los laicos en la Iglesia; y como tú eres uno de ellos y te ven predicando como un Padre de la Iglesia, pueden los oyentes animarse. San Efrén murió de diácono, y es Padre de la Iglesia.

San Benito, el patriarca del monacato occidental, fue lego. Fue religioso, claro; pero lego. San Francisco de Asís fue diácono. Nunca se quiso ordenar de sacerdote. Y ya tenemos dos mujeres Doctoras de la Iglesia. Para que se animen los que no son sacerdotes. El Papa actual ha dado órdenes para que en las causas de beatificación presentadas en el Vaticano, se dé la preferencia (es decir, se den más prisa a tramitar) las causas de los seglares y las que vienen del Tercer Mundo. Que un fraile italiano o una monja castellana se hagan santos ya casi como que lo esperamos. Pero que un botones del Banco o una modista de El Cairo vayan a los altares es cosa importantísima; porque entonces cualquier zapatero gallego puede aspirar a ser santo canonizado. Y de eso se trata. Hay que aspirar a la canonización de las masas; esas masas amorfas que van a montones por las aceras de las ciudades. San Agustín era pesimista y habló de «esas masas amorfas que se precipitan en los infiernos». Hay que hacer para que esas masas vuelen al cielo en bandadas incontables. Unos pocos seglares serán la levadura de la primera masa; y luego unas masas convierten a otras hasta que todas las masas estén convertidas. Este plan resulta bonito, ¿verdad? Y, sin embargo, así empezó el cristianismo. Unos convertían a otros. Los sacerdotes eran pocos. Las masas del Mediterráneo destronaron el paganismo romano.

Tú sigue adelante impertérrito con los Cruzados de Santa María. Yo pensaba cómo reaccionó España cuando se vio de la noche a la mañana ocupada por los moros.

Estos se vieron atacados por todo el frente, pero no por un solo rey. Empezó don Pelayo en Covadonga. Don Pelayo acababa de cumplir diecinueve años. ¡Pasmaos, cielos! Y limpió de moros el noroeste. Hoy día un mozo de diecinueve años probablemente ande envuelto en drogas; o si es buen chico y va al Ejército, será soldado raso; y si va al Seminario, andará a vueltas con los latines. Gracias a don Pelayo pueden decir hoy con orgullo los asturianos que España es Asturias; lo demás es tierra conquistada. De Asturias pasó la cosa a León, y León «tuvo 24 reyes, antes que Castilla leyes». Pero León y Castilla se unieron. Por el norte atacó a los moros el rey de Navarra. Por el nordeste atacó el rey de Aragón, etc. Hoy día en España la Iglesia está atacada por el paganismo por los cuatro costados: la jerarquía se ve ayudada por grupos dispersos, predicadores, escritores, propagandistas católicos, conventos, asociaciones pías, cruzadas de esto y de aquello y lo de más allá, oposiciones a cátedras ganadas por católicos llenos de santo fervor por la gloria de Dios y así por el estilo. En España se logró la unificación política y territorial con la toma de Granada y la de Pamplona. Ahora hay que reconquistar España religiosamente hablando.

Toda la vigilancia es poca. «Velad y orad para que no caigáis en la tentación.» Y como ni oraron ni velaron, los tres discípulos se durmieron en Getsemaní. Pasa lo mismo en todos los órdenes. Sin una vigilancia eterna, los castillos más hermosos y mejor edificados vienen un día a desmoronarse. El alma que se convierte en unos Ejercicios y empieza a volar por la vía de la santidad, tiene que seguir convirtiéndose todas las mañanas al levantarse o, si nó, se mete clandestinamente la tibieza y la apatía, y todo acaba en un desastre. Una comunidad religiosa que va bien y produce frutos ricos y abundantes, si deja de velar y orar, se desliza paulatinamente en una mediocridad desoladora. Órdenes religiosas que en otro tiempo brillaron en el cielo de la Iglesia como estrellas de primera magnitud, por dejar de velar y orar, se han relajado y hasta han desaparecido, mientras que otras que no han desaparecido del todo, van a menos y no dan al Vicario de Cristo más que dolores de cabeza.

Hoy en España hace falta el san Atanasio que unifique todas esas fuerzas dispersas, para que todas vayan a una y sepan adónde van y por qué van. Se va a reconquistar todo lo perdido. Pero una vez reconquistado, hay que seguir orando y vigilando eternamente o, de lo contrario, se vuelve a perder. Por eso puso san Ignacio los exámenes de conciencia: para seguir taponando aquí, retejando allí, encalando allá y renovando acullá

Nunca hay que echarse a dormir sobre los laureles. Es lo que nos dice el Apocalipsis. «Has perdido la primera caridad», es decir, has perdido los primeros fervores y, si no los recuperas, edificas sobre ellos y progresas en la virtud, la corriente te llevará para atrás y volverás a las andadas; terminarás desastrosamente. En las dificultades y en las persecuciones hay que agarrarse a la cruz de Cristo o envolverse en el manto de la Santísima Virgen, o las dos cosas, y decir con el apóstol Tomás, «Vamos con El y muramos con El si es preciso». Hay que jugarse el tipo, o no valemos para nada.

Me dices que el padre Morales acaba de cumplir setenta y ocho años. Ese padre desde muy atrás supo lo que tenía que hacer y ha seguido en línea recta sin desviarse a la derecha ni a la izquierda. Y han sido muchos años. Y las dificultades han sido piramidales. Pero bien afincado en una fe inquebrantable. Y así día tras día, año tras año. Insobornable. Sin dar señales de cansancio por más que el cuerpo envejezca y le pida hacer un alto en el duro camino. Adelante con la cruz como Cristo camino del Calvario levantándose y prosiguiendo siempre que haya habido algún tropiezo. Hay que

llegar a la cima del Calvario. Sólo allí se puede decir el *consummatum est*: todo está terminado. Nuestro calvario es el lecho de muerte.

Enhorabuena por la ida de esos tres cruzados al Perú. Que crezcan y se multipliquen sobre el terreno. El hablar la misma lengua es una gran ayuda. Claro que los peruanos descubrirán en seguida por la pronunciación que son españoles; pero es como les pasa aquí a los ingleses, que vienen y hablan y se les conoce en seguida de dónde vienen. Pero en ambos casos es la misma lengua y eso ayuda mucho. Los tres necesitan muchas oraciones. Ir al extranjero a vivir es desterrarse, como lo he probado yo en mis carnes. Pero hay que levantar los ojos al cielo y considerar cómo el Hijo de Dios vino y acampó entre nosotros. «Acampó» es buena traducción; porque el original griego dice que «fijó su tienda» entre nosotros. Acampar y fijar la tienda de lona en el Guadarrama vienen a ser la misma cosa. Cristo «fijó la tienda», porque no vino a quedarse para siempre; como nosotros tenemos que convencernos de que hemos venido al mundo a vivir como peregrinos, de paso, camino del cielo que nos aguarda. Jesucristo se quedó, sí, en la Eucaristía porque siendo Dios puede hacer todo lo que no envuelva contradicción y así escogió quedarse eucarísticamente, como quedarse de modo especial en las almas que están en gracia; pero el día de la Ascensión entró en el cielo y se sentó a la diestra de Dios Padre. Todos apiñados alrededor de Cristo glorificado. Todo empezó cuando Cristo fijó su tienda de campaña entre nosotros. Esos tres Cruzados van a fijar su tienda en Tacna y a ver si poco a poco se van multiplicando esas tiendas de quita-y-pon.

En cuanto a mí, sigo lo mismo más o menos. Ochenta años pesan mucho. Un día de éstos caeré con la carga y saldré de mi tienda de lona. Dicen que la vejez comienza (comenzaba) oficialmente a los sesenta, pero muchos sexagenarios no son viejos. A los setenta todos son viejos, digan lo que quieran; o si nó, que pidan ir a la mili, a ver si los admiten. A los ochenta comienza la decrepitud, que el Diccionario define como suma vejez, chochez. Decrepitud, pues, es una palabra trágica, macabra, fea, bastante repulsiva. Pero así es la vida, hijo, así somos. A los ochenta los cardenales ya no pueden votar al nuevo Papa. Supongo que será porque a esa edad uno no sabe distinguir de colores. Con mis ochenta años, ¿qué pitos estoy yo tocando en el mundo?

Bueno, Abelardo, contigo da gusto charlar. Al escucharte en la cinta grabada y leer tu carta, yo me digo, «éste es de míos; esto es lo mío; éste soy yo mismo». Almas gemelas. Saludos a todos y mi bendición sacerdotal para todos. Que caigamos cerca en el cielo.

*Padre Segundo Llorente S.J.*